

## LA DINÁMICA DEL SER HUMANO

### *Las necesidades humanas y la conducta*

La conducta del hombre —todo lo que él hace, piensa y siente— es búsqueda de satisfacción para sus necesidades.

La presencia de necesidades en nosotros es fuente constante de desequilibrio. Cuando sentimos hambre, experimentamos cierta inquietud o malestar que aumenta según tardemos en procurarnos comida. Para disminuir esa tensión *in crescendo*, nos fijamos un objetivo: el comedor de nuestro hogar, la cafetería, el restorán. El logro de ese objetivo satisfará nuestra necesidad del hambre y nos hará sentir menos tensos, recuperándose el equilibrio perdido. Esta ilustración puede multiplicarse, ya que desde antes de nacer empezamos a experimentar innumerables presiones fisiológicas y psicológicas. De modo que toda conducta no es otra cosa que la busca de satisfacción para nuestras necesidades con el fin de restaurar el equilibrio.

Vivir es conducirnos, o sea, esforzarnos por conseguir el

equilibrio que constantemente perturban nuestras necesidades. Sin embargo, no somos capaces de conseguir el equilibrio perfecto mientras vivamos. Las necesidades son imprescindibles para vivir. Sin ellas no habría conducta y sin ésta, perderíamos la condición de seres animados. Lo paradójico de la vida del hombre es que, a pesar de que representa el esfuerzo por lograr el equilibrio mediante la satisfacción de necesidades, para vivir se requiere sentir necesidades que provoquen desequilibrio y obliguen al ser humano a conducirse.

### *Necesidades conscientes y necesidades inconscientes*

No siempre estamos conscientes de los resortes dinámicos que promueven nuestra conducta. Hay una parte considerable de nuestro proceder —acción, pensamiento, emoción— que no podemos explicar. No exageramos al decir que la más ardua problemática del hombre parte de la ignorancia de las causas que animan su conducta. Una necesidad imperiosa de todo adulto es la de conocer su propia dinámica y analizarla imparcialmente.

Para uno aspirar a la comprensión del niño o del adolescente tiene inicialmente que conocerse a sí mismo. Nadie podrá apreciar en justicia y verdad los motivos de otros si desconoce los propios. Será vano el empeño por analizar y comprender la conducta del niño si no se cuenta anticipadamente con un concepto adecuado de nuestro personal comportamiento.

### *La motivación de la conducta aceptable y de la conducta inaceptable*

Los mismos resortes dinámicos que mueven al niño o al adolescente al comportamiento socialmente aceptable pueden llevarlo a conducirse ideseablemente. Existe una tendencia perjudicial en los adultos a atribuir al niño fines maliciosos y perversos en su conducta inadecuada. “Lo hace por darme duro en la cabeza” o “siempre está buscando la manera de agrirme

la vida” no son expresiones raras en nuestras lamentaciones sobre la conducta impropia del niño. Debemos recordar que toda conducta —indeseable o deseable— representa para el individuo el mejor esfuerzo que puede hacer en un momento dado por ajustarse a su ambiente, satisfacer sus necesidades y disminuir su tensión emocional.

Juan y José son dos niños en el mismo salón de clase, movidos por la misma necesidad de conseguir el reconocimiento de los demás. Juan lo ha logrado destacándose en las tareas académicas. José, menos capacitado intelectualmente, no ha tenido la suerte de hallar una forma de satisfacer su necesidad de exaltación. Un día los libros de José caen estrepitosamente al suelo, sin intención de su parte, provocándose la natural algazara entre los demás alumnos. Mientras éstos celebran el incidente mirando a José y haciendo esfuerzos por ocultar su risa, el maestro lo reprende duramente dando rienda suelta a su enfado. Accidentalmente José ha tropezado con una manera de satisfacer su sed de reconocimiento. Muy bien sus condiscípulos pueden empezar a ver en él al héroe del aula, al que es capaz de poner en aprietos al maestro. Recordemos que en todos nosotros existe un duende rebelde que no logra conciliarse plenamente con tantos símbolos de autoridad que abundan en nuestra cultura.

Al día siguiente José espera que todos estén sentados para entrar al salón a grandes zancadas, produciendo todo el ruido posible con sus zapatos. Se repite la escena del día anterior. Así poco a poco va José convirtiéndose en la cócora del maestro, derivando de su transformación el reconocimiento que no pudo conseguir en otra forma. Comparemos el caso de Juan con el de José. En ambos hallamos la misma causalidad: necesidad de reconocimiento. Sin embargo, las formas de conducta son muy distintas. A José generalmente se le considera un “niño problema”, cuando en realidad es un niño con un serio problema: el de lograr satisfacer una necesidad básica de una manera socialmente aceptable.

## *Causas propensivas y causas precipitantes*

En todo problema de conducta debe penetrarse lo suficientemente profundo en el desarrollo del niño para desentrañar, no sólo los factores superficiales que han desencadenado la conducta que se investiga, sino especialmente los factores subyacentes que son las causas reales de su comportamiento inadecuado.

En el estudio de la conducta de Pedro, un investigador descubrió que sus actos delictivos comenzaron al asociarse el niño con una pandilla de muchachos en el vecindario donde vivía. “¡Las malas compañías! ¡Dime con quién andas y te diré quién eres!”, exclamó el investigador, creyendo tener en sus manos la explicación de la conducta de Pedro. Otro investigador, insatisfecho con esa exploración a ras de tierra, persistió en su indagación, adentrándose hondamente en la historia del niño. Su hallazgo fué que Pedro había sido desde los comienzos de su vida un niño rechazado. Ni siquiera sus padres anhelaron su llegada al mundo. No hubo en su caso la regocijada recepción del hijo que se ansía. Desde antes de su nacimiento, ya Pedro constituía una carga para sus padres. Así creció el niño en medio de la indiferencia y el abandono como huérfana criatura lanzada al mundo sin la protección y el cariño esenciales para el desarrollo saludable de la personalidad.

Cierto día Pedro tropezó con una pandilla de muchachos que deambulaba por el barrio pobre y sórdido en busca de excitación y aventura. El líder invitó a Pedro a unirse a su organización, lo que él hizo regocijadamente. ¡Por fin había encontrado a alguien que lo aceptara! La pandilla —que es una organización social espontánea durante los últimos años de la niñez y que puede tener gran valor en el desarrollo social del niño— no podía hacer otra cosa que dedicarse a actividades ilícitas. Carecía de la debida orientación. ¿Qué experiencias saludables, capaces de satisfacer los deseos de excitación y aventura, podía ofrecer aquel ambiente? Así comenzó la conducta delictiva de Pedro. El factor precipitante de tal comportamiento fué la asociación con una pandilla desorientada, pero la causa

propensiva fué la actitud de rechazo con que se tropezó Pedro desde antes de nacer.

En el estudio de la conducta problemática del niño no debemos conformarnos con explorar la superficie. Tampoco debemos alentar tan frecuentemente la esperanza de encontrar a flor de tierra la solución de sus problemas. La búsqueda de los factores causales de la conducta inaceptable requiere, además del entusiasmo que brota del amor hacia la niñez, la paciencia y objetividad del científico que, no empeece su fervoroso interés en lo que investiga, sabe alejar la desesperación y los espejismos subjetivos de su difícil tarea.

### *Los conflictos del niño*

La plena satisfacción de las necesidades humanas es imposible e indeseable. En todo ser humano hay insatisfacción, que es la fuerza que lo empuja a conducirse. Lo normal es que en todo individuo haya cierto depósito de tensión y conflicto.

En el niño pueden encontrarse dos clases de conflicto: aquellos que se desarrollan de la existencia simultánea de deseos incompatibles y los que emanan de la conducta del niño al preferir la satisfacción de uno de esos deseos en detrimento del otro.

Ejemplifiquemos. La mamá de Luis no está en su casa cuando pasa el dulcero pregonando sus golosinas. Luis siente la necesidad de saborear un dulce, pero no tiene dinero. De pronto recuerda que vió a su mamá guardar un dinero en la alacena. La solución no le agrada, ya que la autora de sus días frecuentemente le ha destacado el grave delito que representa coger dinero sin permiso. Sin embargo, la boca se le hace agua al pensar en el dulce. He aquí el conflicto del niño motivado por la presencia de dos deseos incompatibles: saborear un dulce y no robar. La tensión emocional va siendo cada vez mayor en Luis. Por último se acerca a la alacena y sustrae cinco centavos del dinero que allí había guardado su mamá. Compra el dulce, pero empieza a sentirse culpable. ¡Ha robado! El nuevo con-

flicto, en forma de sentimiento de culpa, perturba el disfrute del dulce. Luis se siente deprimido y temeroso. Desearía comunicar a su mamá lo que ha hecho, pero el miedo al castigo obstruye ese deseo de confesión, negándole una forma de reducir la tensión emocional y resolver el problema.

No debemos exagerar las inferencias morales de la conducta del niño porque al hacerlo muy bien podemos aumentar sus conflictos emocionales. No pocas formas indeseables de conducta son hijas de la reprimenda desconsiderada, que es más el reflejo del temor y de la inseguridad del adulto que de la seriedad de la falta cometida por el niño. La represión violenta y dura es frecuentemente una defensa que el individuo necesita establecer para reprimir sus deseos insatisfechos.

### *La necesidad de mejores actitudes hacia la conducta del niño y del adolescente*

Necesitamos mejorar nuestras actitudes hacia el comportamiento del niño y del adolescente. El conocimiento de la motivación humana es imprescindible, pero hay que matizarlo con esa carga emocional positiva que convierte el conocimiento en comprensión. Un bosquejo de las direcciones que podría tomar nuestro progreso en este sentido incluiría los siguientes puntos de orientación:

1. Debe pensarse que toda conducta tiene su causa y que a menudo el mismo niño o adolescente es incapaz de explicar su propia conducta. El primer paso en el proceso de reorientación es descubrir los resortes dinámicos que han impulsado el comportamiento. Generalmente tendemos a castigar o reprender al niño en forma desconsiderada y hasta cruel. Pensemos más en el *porqué* de la conducta en lugar de *lo que* ha hecho el niño o el adolescente.
2. Debe recordarse que toda conducta —aceptable o no— es un intento del individuo por ajustarse. Si el niño

se conduce en forma indeseable es porque ignora otras maneras de comportamiento que puedan satisfacer sus necesidades.

3. Debe tenerse en cuenta el hecho de que frecuentemente las causas de la conducta del ser humano yacen más profundamente de lo que se cree y que no basta conocer los factores precipitantes, sino que se requiere principalmente descubrir aquellos resortes propensivos que han venido acumulándose en el transcurso del desarrollo.
4. Debe estarse alerta a los conflictos que el niño o el adolescente experimenta. En vez de agravárselos, es función del adulto ayudarle a resolverlos.
5. Debemos hacer todo lo posible por lograr una actitud que nos permita aceptar la conducta inadecuada del niño o del adolescente con la misma comprensión y la misma ausencia de inculpación o censura con que aceptamos los síntomas físicos, tales como el dolor que nos produce una hinchazón o la fiebre que acompaña la influenza.

### *Algunas necesidades fundamentales del niño y del adolescente*

El conocimiento de la motivación del individuo es un requisito esencial para comprender su conducta y personalidad. Todo esfuerzo que aspire a orientar o educar al individuo en desarrollo, si está bien cimentado y planeado, tiene que ir precedido por un entendimiento apropiado de las necesidades básicas del niño y del adolescente.

La conducta humana es esencialmente sintomática de condiciones internas llamadas necesidades, deseos, urgencias, impulsos o motivos. La conducta es un lenguaje complejo y difícil que exige observación y reflexión a fin de poder extraer en cada caso su significado.

El ser humano es dinámico. Está provisto de necesidades

e impulsos que provocan, sostienen y dirigen su conducta. Todo lo que el hombre hace, piensa y siente es un esfuerzo, ya consciente o inconsciente, por satisfacer alguna necesidad.

La tarea de clasificar las necesidades humanas es extremadamente ardua. No exageramos al decir que existen tantas clasificaciones de ellas como individuos que han escrito sobre el tema. Se ha señalado que el número de categorías depende en parte de cuán específico quiera ser el investigador. Así podemos pensar en la necesidad de seguridad emocional, pero dentro de esa categoría es posible señalar aspectos que podrían considerarse necesidades más específicas. Por tal razón en la bibliografía sobre el asunto se encuentran desde clasificaciones monistas, en que la dinámica humana se reduce a una necesidad fundamental, hasta las que incluyen múltiples necesidades.

Las necesidades del hombre no deben considerarse entidades o factores independientes, pues son meros aspectos de la vida humana que están muy relacionados entre sí. Por tanto, no deben buscarse aisladamente una de las otras. Cuando las clasificamos no quiere decirse que existen y actúan separadamente en ese fenómeno dinámico total que es la personalidad. Las distintas clases de necesidades son abstracciones con fines descriptivos y no existen independientemente unas de las otras.

Cada persona tiene su patrón dinámico característico, lo que significa que existen grandes diferencias individuales, no sólo en el origen de las necesidades, sino en su naturaleza y en la manera de satisfacerlas. Cada individuo tiene necesidades que le son peculiares. En este sentido cada persona es única. La clasificación de las necesidades humanas en categorías puede dejar la impresión de que cada una de ellas existe en la misma forma en diversas personas. La realidad es que cada ser humano tiene su dinámica individual, incapaz de ser duplicada en el presente, en el pasado, o en lo porvenir. Así, la necesidad de seguridad emocional en un individuo es distinta de la necesidad de seguridad emocional en otro. Tales diferencias son tanto cuantitativas como cualitativas. Los seres humanos varían, no sólo en la intensidad de sus necesidades, sino tam-



bién en la calidad de sus resortes dinámicos. Por ejemplo, cada individuo experimenta la necesidad de sentirse seguro de una manera muy propia. El origen de estas diferencias hay que buscarlo, no sólo en razones ingénitas, temperamentales y constitucionales, sino muy especialmente en diferencias existentes en el desarrollo de distintas personas. Cada una ha tenido y tiene sus experiencias peculiares, ha reaccionado y reacciona a ellas de manera muy individual y sus necesidades emergen de acuerdo con su formación personal característica.

Hechas estas aclaraciones sobre la dinámica humana, pasemos ahora a considerar brevemente las necesidades de índole psicológica que estimamos más fundamentales en el hombre. Advertimos que no estamos incluyendo las llamadas necesidades fisiológicas o viscerógenas, tales como el hambre, la sed, etcétera. Naturalmente que el grado de satisfacción de estas necesidades fisiológicas tiene que ver en forma considerable con el origen, la naturaleza y las manifestaciones de las necesidades psicológicas. Si hemos excluído las necesidades fisiológicas de esta discusión es porque creemos que todos estamos bastante conscientes de ellas para procurar satisfacerlas en el niño y el adolescente. El énfasis, entendemos nosotros, debe recaer sobre aquellas necesidades de naturaleza psico-social, que son las más desatendidas por el adulto en su tarea de orientar el desarrollo del niño y del adolescente. Así es más fácil percatarnos de que el niño tiene hambre de comida que de que tiene hambre de cariño.

### *La necesidad de cariño*

El ser humano necesita que alguien lo quiera. El afecto es una de las urgencias más fuertes en la criatura humana. El cariño de los padres tiene para los hijos una tremenda importancia, siendo para éstos la fuente principal de seguridad. Mucho significa para el hijo la convicción de que el cariño de sus padres es algo que él no tiene que ganarse. Es importante para el hijo saber que cuenta con el respaldo de sus progenitores en momentos de dificultad.

El hambre de afecto a menudo produce serios trastornos emocionales. Las relaciones inapropiadas o tensas entre padres e hijos son una causa primaria de problemas y desajustes, tanto en la niñez como en la adolescencia.

La mayor parte de los niños tienen una habilidad sorprendente para adaptarse a las vicisitudes del ambiente, pero sus contornos se tornan caóticos cuando no pueden predecir la estabilidad y el cariño de sus padres.

El desarrollo de la personalidad saludable incluye el desarrollo de un sentimiento de razonable confianza que permita al individuo afrontar situaciones retadoras con serenidad y aplomo. Tal confianza en sí mismo es algo que está muy relacionado con el cariño que el individuo haya recibido de sus padres durante los años del desarrollo. En la persona insegura e inestable casi siempre hay un historial de desafecto en los años formativos. El sentimiento de confianza que emerge de una relación afectuosa entre los padres y el hijo permite a éste dedicarse a actividades creativas, experimentar en el ámbito en que vive, ir poco a poco emancipándose de la dependencia excesiva en que nació. El buen desarrollo requiere un grado razonable de confianza en el que se desarrolla, confianza que lo liberte de las aprensiones y ansiedades innecesarias y estériles, que le permita apreciar a tono con su madurez y experiencia el panorama de su mundo y que le invite a salir hacia éste a conocerlo y dominarlo. El cariño de los padres es requisito imprescindible en el logro de tal confianza.

### *La necesidad de exaltación*

El ser humano necesita saber que los demás saben que él ocupa un sitio destacado en el ambiente. A nadie le gusta pasar inadvertido por la vida. Todo individuo ansía cierta dosis de reconocimiento. La realidad es que nos gusta sentirnos elevados, que se nos reconozca, que se nos exalte. No sólo el niño gusta triunfar, sino también que los demás reconozcan su triunfo. La atención que los adultos y otros niños presten a su obra lo estimula a seguir produciendo.

La necesidad de exaltación explica por qué la alabanza es tan efectiva como técnica de estímulo. Ésta es tan útil en la niñez como en la adolescencia, ya que el deseo de reconocimiento se experimenta durante toda la vida del individuo.

Ya a mediados de la adolescencia el individuo ha ganado bastante seguridad y confianza en sí mismo. Entonces empieza su lucha por conseguir reconocimiento. Según gana confianza propia empieza a experimentar más intensamente la necesidad de hacerse sentir entre otras personas. En esta etapa el adolescente no escatima medios a fin de conseguir la atención ajena. A veces llega a conducirse en forma que los adultos y hasta sus propias amistades reprochan. Mucha de la conducta agresiva y fanfarrona, tan común en las postrimerías de la adolescencia, emana del deseo del individuo de obtener reconocimiento y atención. Para conseguir esas satisfacciones, el adolescente se vale de medios tales como usar ropa de estilos extremados o colores fuertes, hacer chistes de mal gusto, reírse estrepitosamente, hablar con autoridad aunque desconozca el tema, emplear un lenguaje afectado, expresar puntos de vista radicales sobre asuntos que envuelven controversia, etcétera. Le gusta además exagerar sus logros, especialmente las conquistas amorosas, y criticar abiertamente a otras personas.

### *La necesidad de seguridad*

El sentimiento de seguridad emocional en el ser humano es de tal importancia que ha sido considerado la matriz de todo un sistema de psicología. En cierta medida, la vida no es otra cosa que el esfuerzo del individuo por lograr equilibrio y seguridad mediante la organización e integración de sus experiencias emocionales. Consciente e inconscientemente, tratamos de satisfacer nuestras necesidades de manera tal que los demás nos comprendan y acepten. Una parte considerable de la épica de cada individuo consiste en el intento por levantar una muralla de protección alrededor de su yo. La necesidad de seguridad emocional está asociada con todas las demás necesidades en el

sentido de que la insatisfacción de una de ellas puede provocar sentimientos de inseguridad y desamparo en el individuo.

Muy importante para la seguridad emocional del niño o del adolescente es que él sepa que se le acepta por lo que es. Podrá tener fallas y ser censurado, pero si se percatara de que, pese a ellas, goza aún de la estimación y el cariño de los adultos que lo rodean, se sentirá dentro del marco de protección requerido para afrontar sus defectos y dificultades sin sentirse lleno de temores, ansiedades y angustias.

Además, la seguridad puede adquirirse mediante el logro de habilidades que aumenten la eficacia del individuo en el encaramiento de sus problemas. La seguridad emocional depende no sólo del cariño, de la atención y de otras condiciones favorables de las que el niño o el adolescente disfrute en el hogar, sino que también es algo que se gana día a día mediante experiencias en las que el individuo en desarrollo pueda probar hasta qué punto está logrando la habilidad para afrontar su ambiente con éxito. El medio favorable del hogar es un magnífico punto de partida, pero requiérese además que el niño tenga oportunidades, fuera de la casa, para ir ganando gradualmente su independencia y probar sus recursos y destrezas. Por tal razón la experiencia de la escuela maternal y del "kindergarten" es muy beneficiosa.

La asistencia a estas escuelas provee relaciones con otros niños y adultos fuera de la casa en una fase en que el niño es aún lo suficientemente flexible para que pueda evitarse una influencia desproporcionada de sus padres y hermanos. La asistencia a estas instituciones debe ser en todo momento una oportunidad que se conceda al niño para aprender a convivir con otros niños y adultos. *De ahí que la supervisión y la vigilancia de los padres no deben extenderse hasta estas escuelas.* Si los padres están muy pendientes de las actividades del hijo en la escuela, si visitan con excesiva frecuencia el plantel o si permanecen en él o en sus alrededores mientras el hijo juega y convive con otros niños, no sólo se estará interrumpiendo indebidamente la labor del maestro, sino que se estará restando mucha de la

eficacia que pueda tener la experiencia escolar en el desarrollo integral del niño.

### *La necesidad de emancipación*

El desarrollo favorable inevitablemente conduce a la emancipación. Todo lo que en la naturaleza se desarrolla sanamente tiende hacia la libertad. El niño debe ir gradualmente destetándose, psicológicamente hablando, de los padres. Es muy conveniente que vaya poco a poco asumiendo iniciativa y responsabilidad en su vida. Debe recordarse que tal proceso de emancipación no es otra cosa que un proceso de aprendizaje. El ser humano aprende a ser libre, requiriendo tal aprendizaje, como cualquier otro, experiencias en que pueda desarrollar paulatinamente conciencia de lo que es la libertad, así como sabiduría en su disfrute. El niño y el adolescente necesitan tener experiencias en asuntos tales como la compra de ropa, la ocupación de su tiempo libre, la selección de sus amistades, el gasto de dinero, la selección de un oficio o una carrera, etcétera. Tales aprendizajes no se adquieren por arte de magia ni mediante el mero transcurrir del tiempo, sino que exigen experiencias bien planeadas a fin de lograr gradualmente las habilidades requeridas en cada uno de ellos.

Hay *estados* de emancipación que son por lo menos tan difíciles como los *deseos* de emancipación. Si bien es cierto que el niño debe desprenderse poco a poco de los lazos emocionales que le atan a los padres, también lo es que tal proceso requiere plan, dirección y evaluación constante por parte de los adultos. Si vamos a tener hijos que, como ha dicho alguien, son para "perderlos", debemos hacer el mejor esfuerzo para que cuando se "pierdan" puedan sentirse dueños de sí mismos y sean capaces de regir su vida, sin que quiebren su integración hondas angustias nacidas de inmadurez emocional o de infantilismos persistentes, productos de la falta de un correcto proceso de emancipación. La libertad es en todo momento para el hombre un producto de su aprendizaje. No nacemos libres, sino que nacemos con la potencialidad para serlo.

## *La necesidad de actividad*

La vida saludable es la vida activa. La pasividad engendra a menudo ideas y sentimientos morbosos. La inactividad degenera al ser humano. Todo lo que vive tiende hacia el movimiento y la acción.

El individuo, muy especialmente durante el proceso del desarrollo, dedica gran parte de su vigilia a actividades de diversas índoles. A pesar de que es a veces necesario limitar las actividades del niño y del adolescente, hay que admitir que en muchas ocasiones los adultos queremos restringir indebidamente los afanes de actividad que niños y adolescentes despliegan en su vida diaria.

El desarrollo implica una aglomeración o un exceso de energías que necesitan descargarse. Muchas tensiones del niño y del adolescente tienen su origen en energías que no se han logrado canalizar hacia afuera. Los niños y adolescentes necesitan oportunidades para dedicarse a juegos y deportes, para construir, dibujar, bregar con objetos, etcétera. Tales actividades, no sólo proveen destrezas específicas de gran utilidad, sino que también son valiosas en cuanto a que estimulan el mejor desarrollo social y emocional del individuo. El fracaso en realizar tales actividades tiene un efecto debilitante sobre la personalidad.

## *La necesidad de curiosidad*

Para mantener su integración, el ser humano necesita tener experiencias nuevas. Desde bien temprano en la vida observamos cómo el niño de poca edad siente satisfacción al tocar y explorar todo lo que encuentra a su paso. Durante los años preescolares el niño necesita cambiar con frecuencia sus actividades, ya que se le hace imposible acostumbrarse a una sucesión rutinaria de vida. Durante la adolescencia, observamos en el individuo la tendencia marcada a buscar las cosas por su cuenta, sin que intervengan los adultos. Éstos también manifiestan esa

curiosidad, pero condicionada en forma notable por las experiencias previas. Así a los adultos nos gusta viajar, leer, investigar, etcétera.

*Hay una tendencia natural en el ser humano hacia la evitación de lo monótono y rutinario.* Si algunas personas prefieren la monotonía y la rutina, es muy probable que haya, en su historial de vida, episodios perturbadores que atrofiaron o destruyeron su avidez espontánea de curiosidad.

Enemigo de la urgencia de la curiosidad es el exceso de reglas y cortapisas. La regularidad exacta y al minuto, que no da lugar a las variaciones razonables, adormece y aniquila ese impulso tan natural en el ser humano como es la curiosidad. Ésta es algo que no debe matarse en el niño. Si no se sintiera curioso, no llegaría a conocer su mundo y a adquirir los conocimientos y las habilidades esenciales para sobrevivir.

Hay una fase en el desarrollo humano en que la curiosidad tiene una manifestación esencialmente verbal. Es la fase de las preguntas. El niño interroga constantemente, lo que muchas veces disgusta a los adultos. No sólo es importante contestar tales preguntas; cuenta mucho también la actitud que se exhiba hacia el niño en sus actos de interrogación. No debemos apelar al engaño, sino tratar de ser lo más humanamente sinceros que podamos. Tales preguntas constituyen un medio muy eficaz de ir gradualmente familiarizándose con su medio. Son una manifestación del deseo de curiosidad.

### *La necesidad de dominio*

El ser humano experimenta la necesidad de imponerse sobre lo que le rodea. Un aprendizaje fundamental del hombre es el de subyugar los segmentos del ambiente que tienen significación para él. Desde la concepción hasta la muerte, muchos de nuestros esfuerzos tienen como propósito el logro de algún control sobre nuestra "biosfera".

Tal dominio es para el organismo una condición esencial

para la preservación de su yo. Mucho del deseo de dominio en el individuo se relaciona con la necesidad de tener un margen adecuado de seguridad, no sólo en el presente, sino también en lo futuro. Además de querer dominar el presente, buscamos controlar el porvenir a fin de sentirnos seguros en la actualidad al saber que vamos a dominar el mañana.

En gran medida, el desarrollo significa una ampliación creciente del ambiente sobre el cual el individuo ejerce dominio. La expansión del yo en su "biosfera" ha sido ofrecida hace poco como el punto de partida para explicar toda la dinámica individual. El niño que empieza atesorando un objeto como su juguete, acaba cuando adulto adorando a Dios como exclusivamente de él. Todo el funcionamiento del ser humano parece no ser otra cosa que el proceso de agrandar su ambiente, no sólo en términos geográficos y cuantitativos, sino también en términos de ambiente psicológico. Hacer nuestro lo que es extraño o ajeno, aumenta nuestra seguridad y confianza. Hasta el amor, en todas sus diversas manifestaciones, podría explicarse a base de esta tendencia humana hacia la expansión continua dentro de su ambiente.